

Comentario del Jurado:

Más allá del océano

Lucía Cárdenas Soldán

Segundo Premio – 2ª Categoría

La joven autora de este relato corto nos regala una deliciosa historia a medio camino entre la ciencia ficción y la fantasía que a cualquiera que ha perdido a un ser querido le gustaría poder vivir: la posibilidad de reencontrarse con los muertos propios y hallar respuesta a tantas preguntas que quedaron sin hacer. Pero, por encima de todo, es una entrañable historia de amor: de amor paterno y materno-filial, y sobre todo, de amor por el mar y por alcanzar los sueños, aunque puedan suponer poner en riesgo la felicidad familiar.

Como el propio título advierte, el narrador nos sitúa en un espacio marino: por un lado, el océano que cualquier persona puede ver, ese océano que ensimisma al pequeño Pedro, poblado de peces y caracolas; las aguas que sustentan a la familia y dan trabajo al padre; y, por otro, aquel otro *más-allá-del-océano* al que llega Fran, un humilde pescador que naufraga en *el Victoria* y desaparece sin dar señales de vida, un lugar misterioso que no tiene ni ubicación geográfica.

Como un nuevo Ulises que surcara las aguas, trece años después de que su padre desapareciera en extrañas circunstancias, un Pedro que ha cumplido los 20 años, se echa al océano en busca de respuestas. Pero en lugar de llegar a las orillas de la isla Ogigia -como nos cuenta Homero en *La Odisea*-, siguiendo un haz de luz llega a una misteriosa playa de arenas blancas y aguas cristalinas, inmerso en el abismo del naufragio que vuelca su barco. Casi como un *locus amoenus* marino, el joven descubre a su padre en este lugar perfecto “*donde el dolor y el sufrimiento no exist(en)*” y puede saber por qué desapareció sin dejar rastro.

Sin embargo, tras ese encuentro con el más allá personificado en el padre, frente a la hermosa Calipso que intentaba seducir al héroe troyano para que se quedara con ella, el padre le comunica que no ha llegado su hora y que debe volver al país de los vivos. Un nuevo hecho sobrenatural cierra el encuentro (además del hecho de que el padre apareciera y desapareciera sin dejar ni huellas de sus pisadas en la arena y de que el barco del huérfano apareciera enigmáticamente rehabilitado, listo para volver al mar que lo devolverá a su casa y a su madre): el padre devuelve a la vida a su hijo, lo rescata de las aguas y del manto de la muerte. Jonás expulsado de la ballena.

El elemento que sirve de unión entre el mundo de los vivos y el de los muertos es una caracola “*de esas que se puede oír el sonido del mar al ponerla en el oído*”, la que el niño pidió a su padre cuando supo de su marcha; esa que durante tantos años llevó consigo el padre hasta encontrar el momento de cumplir su promesa; una caracola que entrega al hijo y otra para su sufridora esposa, Martina, que le devuelve la paz que no pudo encontrar cuando desapareció.

Una vez madre y el hijo poseen su caracola, el alma del esposo podrá descansar por fin; se unen así el mundo de ultramar y el de ultratumba con el mundo de los vivos y de la tierra firme; la caracola permite que el recuerdo del padre perdure con ellos eternamente. El relato se

cierra cuando madre e hijo (y el padre resonando en la caracola) unen sus cuerpos en un cálido abrazo que les lleva a comprender el verdadero significado de la vida.

Felicidades, Lunaluz. Deseamos que encuentres el significado de la vida a través de las palabras y de los relatos que las contienen. Ojalá siempre tengas una caracola que te acerque los sonidos que puedas narrar.

Toñi Gómez Vidal